teis de vuestro valor? le preguntó. En él encontrareis recursos para superar lo crítico de nuestra situacion; y quando, por vuestros pocos años, no alcanceis á conocerlos, ¿no estoy yo al lado vuestro para disminuir vuestros infortunios, tomando parte en ellos? ¿Es, acaso, la muerte un mal tan grande? ¿Pueden los hombres evitarla? Es una deuda que todos los seres animados contraxéron al nacer. El hombre sabio la paga sin murmurar. Pero, ¿por qué hemos de estar condenados á morir en este desierto? En los lances, que parecen desesperados, es quando se complace el cielo en enviar socorros á la virtud. El mismo que nos arrancó de los brazos de la muerte, que nos tenia asegurados como presa suya, puede preservárnos, de nuevo, con medios que no alcanzamos. La noche pasada huimos de los puñales de nuestros asesinos; y acaso Hussein habrá logrado igual felicidad. Si este amigo generoso no ha muerto (como podemos presumirlo, pues no hallamos su cuerpo en el parage donde

lo vimos caer), sin duda que está buscando, para él y para nosotros, los socorros que nos faltan: no lo dudeis: no tardará en aparecerse, y su llegada será el término de nuestras desventuras.

XXXI.

Diciendo así, llevó Ferisha á mi padre á la caverna donde los llamaba la proxîmidad de la noche. El hambre les hizo notar, que los arbustos que iban atravesando, para entrar en el soterráneo, estaban coronados de algunos frutos silvestres, de los que comiéron con ansia. Aquella inesperada comida les proporcionó mejor noche que aguardaban. Despertáron por la mañana vigorosos, y con esperanzas, y saliéron del soterráneo al salir el sol. Desayunáronse entre las matas, y llegáron á la orilla del rio, discurriendo sobre qué camino les convendria tomar.

El de Hispahan se les presentaba na-

turalmente, y era el mas ventajoso; pero lo habian tomado los esclavos, y el seguirlo era arriesgarse á caer en sus manos, sin contar lo dificultoso que se hacia proveerse de víveres en el desierto. Determináronse á seguir el curso del rio, sobre cuyas orillas podria encontrarse alguna habitacion, y á baxar hácia el golfo Pérsico, que no debia estar distante.

He observado que el desierto de Zend no está enteramente desierto. Se encuentran en él algunas pobres chozas, aunque muy distantes unas de otras, y esas es menester buscarlas á la orilla de los rios.

De quantos tesoros sacó mi padre de Delhy, no le quedó mas que un cinturon, guarnecido de preciosa pedreria, un diamante de mucho precio, y algun dinero en su bolsillo y en el de Ferishá. Aquellos restos eran un recurso admirable; pero se necesitaban hombres en quienes emplearlo. Caminaron el espacio de tres millas con esta esperanza; y, al fin, columbráron un grupo de árboles plantados en un recodo á las orillas del rio,

en donde pensáron ambos viageros que estaba el término de sus trabajos. Era un bosque inhabitado; pero, entre los árboles, que lo componian, descubriéron naranjos, cocoteros y palmeras. Aquella vista disminuyó el pesar que les habia causado su error. Entráron luego en un valle, donde se disputaban, á porfía, la preferencia todas las hermosuras del campo. Lo encantador de aquel lugar, el delicioso alimento que ofrecia, y el excesivo calor que experimentaban, induxo á los dos viageros á no continuar mas sus pesquisas lo restante del dia. Sentáronse al pie de un árbol, que les formaba una especie de cenador impenetrable á los rayos del sol. El riachuelo, que delante de ellos serpenteaba, daba riego á un prado esmaltado de flores, circuido de árboles de especies diferentes, cuyo desórden formaba un todo embelesador. Las colinas, que circundaban aquel valle, y que parecian puestas adredemente por la naturaleza, con designio de ocultar aquel delicioso retiro, les tapaban las abrasadas

peñas que acababan de recorrer.

Aquellas bellezas locales hiriéron la imaginacion de Heyder-Aly, que, por sí misma, era ya sobradamente fogosa, y le inspiráron el extraño proyecto de acabar sus infortunios, pasando lo restante de su vida en la morada sencilla y rústica, adonde lo conduxo el acaso. Aquí disfrutaré en paz, se decia interiormente, de un cielo sereno, y de una tierra fecunda, apartado de los vicios que desfiguran á los hombres.

Así reflexîonaba, entre tanto que Ferisha, puesto de centinela sobre la colina mas alta, procuraba descubrir alguna casa á lo lejos, y calculaba tambien si podrian pasar la noche seguros baxo aquellos árboles. Tomáron el último partido.

Entre los árboles, que los rodeaban, escogiéron tres bananos copadísimos, distantes unos de otros cosa de doce pies, cuya reunion formaba un triángulo. Sus ramas, que se cruzaban, y baxaban por todos lados hasta la tierra, representaban una cabaña abierta por tres partes. Re-

solviéron, pues, cerrarla lo mejor que pudiesen.

Derribáron, con sus cimitarras, muchas ramas de los árboles inmediatos; y, quando tuviéron suficientes, hincáron en tierra algunas, en forma de pies derechos, muy arrimados unos á otros. Hecho este trabajo, sujetáron groseramente las ramas, y empleáron otras mas pequeñas y flexîbles, para entrelazar con las primeras, y dar alguna solidez á la obra. En poco tiempo quedó preparada una cabaña muy bonita, cuya figura era próxîmamente ovalada. Ferisha acomodó una abertura estrecha, y se precavió, con ramas, para taparla, luego que estuviese dentro con su discípulo.

Ambos creian pasar una noche sosegada. El alimento que habian tomado, sano, agradable y suculento, en comparacion del que se viéron precisados á tomar el dia antecedente; una cama, compuesta de hojas de árboles, en una casita bastante cómoda; y la certeza de que no les faltarian víveres ni abrigo; todas es-

tas probabilidades se reunian para prometerles una noche quieta. Ya sus párpados empezaban á cerrarse, quando hiriéron súbitamente sus orejas unos gritos agudos y repetidos. Escucháron atentamente, y se convenciéron de que los aullidos, que atronaban el valle, eran de un tigre, que no estaba lejos. Conjeturáron, que, junto á ellos, se daba alguna batalla, en que aquel animal era víctima. El frágil tabique, que cerraba su habitacion, no era á prueba de los esfuerzos de tan temible quadrúpedo; y, por otra parte, el interes de su conservacion les obligaba á descubrir la causa de los horrendos quejidos del tigre, cuya violencia iba en aumento. Subiéronse, pues, sobre uno de los árboles, que servian de techo á la cabaña, armados con sus cimitarras.

Desde allí viéron, á la escasa luz de las estrellas, un tigre de enorme magnitud, que se revolcaba sobre la yerba, haciendo contorsiones horribles, y dando, de tiempo en tiempo, prodigiosos botes.

Parecia que estaba solo aquel animal. Propuso mi padre á Ferisha baxar, y dar sobre él espada en mano, con tanta mayor confianza, quanto se mostraba debilitado por las heridas, ó por los dolores agudos.

Baxaban ya, quando un penetrante silbido trocó su resolucion, descubriéndoles el misterio de la riña. Pusiéronse á exâminar al tigre con mas cuidado, y conociéron que estaba estrechamente ceñido por una serpiente de desmesurada grandeza, que se le habia enroscado al cuerpo, y que arrancaba al bruto lastímeros aullidos, acribillándolo de heridas.

Ya no pensáron en abandonar su asilo, meditando, con horror, en que la parte meridional de la India encierra serpientes de la corpulencia de un hombre, y algunas tienen quarenta pies de longitud. Estos animales espantosos saltan sobre los árboles copados, desde donde se lanzan rápidamente sobre su presa. Temblaban al pensar el riesgo en que se habian visto de ser pasto de aquel monstruo, si la

casualidad lo hubiera dirigido hácia el bosque que les servia de guarida, donde no hubiese encontrado otro alimento.

Empezaba ya á debilitarse el tigre: sus aullidos ménos penetrantes, sus botes no tan elásticos, sus movimientos ménos determinados y rápidos, todo esto junto era indicio de que iba á espirar; y, en efecto, dexó de defenderse; pero, de pronto, creciéron sus aullidos con suma violencia, y dió tan maravillosos saltos, acercándose á la enramada que contenia á los dos observadores, que temiéron que se lanzase al árbol que los ocultaba.

No extrañarán sus temores los que tengan noticia de la flexîbilidad y ligereza de los tigres. Por fortuna, aquellos esfuerzos extraordinarios que hacia el monstruo, por huir de su enemigo, eran los últimos é inútiles movimientos de un animal robusto, que lucha con la muerte, y reune lo restante de su fuerza para evitarla; mas no tardó en morir, yendo á caer á treinta pasos del bosquecillo.

Celebró la serpiente su triunfo con un

largo silbido que resonó en el bosque. A esta señal (que lo fué sin duda) acudió otra serpiente menor que la primera: venia arrastrando sobre los dos tercios de su cuerpo, con la cabeza levantada: en un momento llegó á su compañera, que la aguardaba, y entre las dos devoráron al tigre.

Fácilmente se pintará qualquiera la situacion de ambos espectadores mientras aquella escena. Dos horas habia que estaban encaramados sobre el árbol; y aunque su postura era incomodísima, no osaban moverse, temerosos de que el mas leve ruido descubriera su asilo á los dos monstruos que tenian á la vista. Notó Ferisha que mi padre se desvanecia, y, temiendo que se le fuese la cabeza, y cayera del árbol, le hizo seña de que baxase con el menor ruido posible; y, sin perder un instante, se baxáron por la parte opuesta adonde estaban comiendo las serpientes, y caminaron, con celeridad, hasta que se viéron fuera del valle en campo descubierto, á mas de

una milla del rio. Entonces tomáron algun reposo.

Disipábanse insensiblemente las sombras de la noche, y un ligero crepúsculo empezaba ya á dar color á los objetos. El dulce despertar de la naturaleza acaloró los espíritus de Heyder-Aly, y lo vigorizó para seguir á Ferisha, que le instaba á continuar el camino hácia la mar, costeando el riachuelo. Presto perdiéron de vista el valle, que les causó mas susto que recreo; pero diéron con nueva dificultad. El rio que los guiaba se perdió en un boqueron al pie de una roca. Esperaba Ferisha, que, siguiendo la misma direccion, volverian á encontrarlo; pero no diéron mas con él.

Quedáron perplexos con suceso tal; porque no era posible internarse, sin exponerse á morir de hambre y de sed. Sabia muy bien Ferisha, que la mar no estaba lejos; pero la ocultaban unos montes altísimos: resolviéron, pues, volver atras.

El calor era sumo; y se hallaban co-

mo unas seis millas distantes del valle donde habian pasado la noche: el hambre los dirigió allá segunda vez; pero así que apaciguáron la necesidad urgente, que los habia arrastrado, como á su pesar, hácia aquel fatal sitio, aumentó el espanto sus fuerzas, y los reconduxo á la caverna. Cargáron con quantas naranjas y cocos pudiéron llevar; y, asegurados con aquellas provisiones, no hiciéron al otro dia mas que pasearse á lo largo del rio.

Al dia siguiente, juzgó Ferisha, que su discípulo habia menester descanso, y, por tanto, le propuso que se quedara solo en las cercanías de la caverna, mientras él costeaba el riachuelo una docena de millas, esperanzado en hacer algun descubrimiento feliz. Desechó mi padre el consejo de su amigo, á quien inspiraba algun espíritu superior, y perdió la ocasion de encontrar á Hussein.... Pero, acaso, ¿podia adivinar lo futuro? Débiles humanos, ¿conoceis los caminos que guian á la felicidad? Con el auxîlio de la ra-

zon, que os gobierna en vuestra marcha insegura, vais vagando por sendas tortuosas, siendo el acaso el conductor que llevais delante.... Ferisha era el único bien que le quedaba á mi padre: ¿cómo, pues, habia de separarlo de sí? Lo acompañó, fuéron sus diligencias inútiles, y solo consiguiéron volver cansadísimos.

Al llegar á los arbustos que circundaban la caverna, divisó Heyder-Aly sobre la arena las huellas de un hombre, que, por distinto camino que el nuestro, iba á parar al mismo punto. ¿Era algun enemigo ó algun desventurado viagero, que participaba, como ellos, de los rigores de la mala fortuna?.... En qualquiera de estos casos, un hombre solo no era temible. ¿Si será Hussein?.... Sí, Hussein es, gritáron á un mismo tiempo Heyder y Ferisha; y corriéron juntos á la caverna, no dudando encontrar en ella á su compañero. En vano lo buscáron. El eco repitió, en el soterráneo, el nombre de Hussein; pero Hussein no lo oyó.

Al apuntar el siguiente dia, anduvo

Ferisha, cerca de una hora, sobre las huellas que habian advertido la víspera; pero las perdió entre las arenas; y aseguró á su discípulo, al volver, que Hussein no estaba lejos; y que, permaneciendo algun tiempo en el parage mismo, lo encontrarian infaliblemente.

Tomada esta resolucion, tratáron de procurarse aquellas comodidades, que daba de sí el desierto. El fértil valle, que producia frutos en abundancia, solo distaba cinco millas. Heyder y Ferisha lo visitaban freqüentemente, y se traian á su caverna varias cosas. La industria es hija de la necesidad. Construyéron un carrito, con ramas entretexidas, y sujetadas con cuerdas hechas de cortezas. Aquel carruage les sirvió para llevar á la caverna frutas que los alimentasen, y hojas que les sirviesen de cama; y las ramas de los árboles les sugirió la idea de cortar los espinos, que cegaban la entrada de su habitacion, para cercarla con una empalizada fuerte.

Dos semanas pasáron con bastante so-

siego, en aquella soledad. Ferisha halló tambien modo para pescar; mas, al cabo de algunos dias, se les acabó la esperanza de hallar á Hussein; y acudiéron los cuidados punzantes á perturbar la paz que gozaban.

XXXII.

Un dia, que el mal tiempo les detuvo en la caverna, determináron, para disipar el tedio, exâminar todas sus sinuosidades. Para esto hiciéron amplia provision de ramas de pino resinoso, á fin de alumbrarse con luz clara. A favor de esta especie de antorchas, sembradas en su camino, y de las que llevaban muchas, se metiéron por las entrañas de la tierra, y, andando á paso largo, atravesáron muchas diversas grutas, las unas separadas por galerías, y las otras por vestíbulos ó gabinetes. Las magestuosas bellezas, que veian en aquel inmenso palacio, formado por mano de la naturaleza, les hi-

ciéron no reparar en la disminucion de sus ramas de pino, y en no pensar en la vuelta, hasta que la luz se les apagó en las manos.

De espacio en espacio habian puesto ramas encendidas para dirigirse al salir; pero, por desgracia, se extraviáron en aquel laberinto; de manera, que ambos viageros se encontráron vagantes y desatentados entre tinieblas espesísimas. Sobradamente tarde se arrepintió Heyder de su curiosidad indiscreta, y tanto por el terror, quanto por el cansancio, se vió precisado á sentarse para tomar algunas fuerzas. Mil veces habia invocado la muerte; pero en aquel instante la temió, porque su llegada no estaba lejos. ¡Tanto tiembla el hombre de su próxîma destruccion! Ferisha, cuya serenidad era inalterable, le reduxo á que se esforzara de nuevo para salir del peligro. Heyder lo siguió sin esperanza.

XXXIII.

Oyéron un ruido sordo, á manera de un horroroso zumbido. Continuáron andando, y tambien aumentándose aquel espantable bramido. Ya Heyder tenia por cierta la muerte, quando entrevió una confusa claridad, y entonces entró la esperanza en su alma. La luz se aumentaba, á medida de como se acercaban á ella. Por último, se libertáron los viageros de aquellos caminos soterráneos, y volviéron á ver el cielo. Su pasmo fue sin igual al verse á la orilla del mar, cuyas olas, agitadas por una tormenta, causáron el ruido que los asustó en la caverna.

Formaba aquella costa una hórrida perspectiva. Descubríase solamente una cadena de montes inaccesibles, picos agudísimos, rocas desnudas, amontonadas unas sobre otras, de manera, que muchas de ellas se presentaban suspendidas maravillosamente: separábanse entre sí por medio de espantosos precipicios, y de barrancos profundos, que parecian como resultados de algun terremoto: sus lados estaban casi perpendiculares, y sus bases indicaban penetrar hasta la raiz de las montañas. Acaso no hay sobre el globo un sitio tan melancólico y áspero como aquel.

Siguiéron Heyder y Ferisha la orilla del mar sin determinada intencion; y á poco, divisáron una muger, que baxaba de las montañas. Sirvióse Ferisha de la lengua persa, que hablaba con facilidad, para implorar su auxîlio, y tomar noticia de la situacion de las costas. No se engañó, porque se hallaba sobre el golfo Pérsico, á quince leguas de Diu; pero la extrangera añadió, que no podian ir á aquella ciudad por tierra, costeando el mar, porque las peñas, que circundaban la playa, llegaban hasta el mismo mar, á pocas leguas de donde se hallaban. Preguntóla Ferisha el camino que podrian tomar para llegar á Diu, dándola á entender que aquel era el término de su viage. Quantos pro-

puso pareciéron impracticables, porque era preciso trepar, entre horrendos precipicios, por unas rocas, cuya aspereza bastaba á desanimarlos. Dudosos estaban Heyder y Ferisha sobre qué partido habian de tomar, y ademas muy decaidos por la urgente necesidad de alimento; y así, suplicáron á aquella muger, que los recibiese en su habitacion para pasar la noche en ella.

XXXIV.

Escrito está en el *Vedam*, que la franqueza y la generosidad fuéron echadas de las ciudades por la concupiscencia y por la avaricia, y que se refugiáron á los montes inhabitados. Mi padre verificó esta verdad en los amistosos socorros de aquella muger..... Seguidme, les dixo, desventurados extrangeros, que yo os llevaré á un parage, que, sin duda, os sorprehenderá.

Costeáron la orilla del mar el espacio de dos millas, hasta la embocadura de

un riachuelo. Siguiéronlo agua arriba con su guia, y, de allí á poco, entráron en un valle, si puede llamarse así, una abertura entre dos peñas, no mas ancha que el riachuelo sobre que se veian precisados á caminar: eran las dos rocas tan altas, y estaban tan juntas, que apenas los viageros podian descubrir el cielo.

Despues de haber andado una hora, se apartáron del rio para seguir una senda, que se presentaba en la hendedura de una roca. Era tan empinada la subida, que tuviéron que ayudarse con las manos para seguir á su conductora, que corria por aquellas asperezas tan veloz como una cabra montés.

Aumentóseles el sobresalto al llegar á la cima de un peñon. No tenia quatro pies de ancho el camino que habian de andar: á un lado estaba una montaña, cuya cúspide se perdia entre las nubes; y al otro, se veia un precipicio, en cuyo fondo apenas se divisaba el riachuelo. Era indispensable caminar por aquella cornisa. Iban poniendo las plantas sobre las

mismas huellas de su guia, quien les advirtió, que no mirasen al rio, sino que tuviesen fixos los ojos sobre la peña andando con tiento. A la salida de aquel mal paso, era el camino ya mas transitable.

Ya empezaba mi padre á arrepentirse de haberse imprudentemente empeñado; y el mismo Ferisha mostraba algunas señales de inquietud, quando, al doblar la punta de una roca, se presentó á sus ojos un deliciosísimo pais. Paróse su conductora algunos instantes, para gozar ella misma de la agradable novedad, que tenia embelesados á los viageros.

XXXV.

Dióles luego prisa á que anduvieran, para llegar á su casa antes de acabarse el dia. La dulzura de su rostro, y la benignidad con que los acogió en la orilla del mar, convidáron á Heyder y Ferisha á que la preguntaran, ¿qué pais era el

que estaban viendo? Luego os lo diré, les respondió sonriéndose: contentaos hoy con saber, que ese valle, cuya hermosura os maravilla, está habitado por gentes, que son dignas de tan halagüeña morada. Allí disfrutareis la felicidad, de que, en qualquiera otra parte, estan privados, porque no abrazan mas que su imágen fugitiva. Dichosos sereis, si la inconstancia no viene á perturbarla; porque esta es el único enemigo que teneis que temer en aquel retiro, totalmente separado de lo demas del universo.

Lloro la pérdida de un jóven, merecedor de mejor suerte, á quien encontré, habrá un mes, en el parage mismo que á vosotros. ¡Qué infeliz estaba! Movida á compasion, le ofrecí el asilo que me habeis pedido. Mis compatriotas lo recibiéron gozosos, y procuráron disipar sus pesares; pero no habia cosa que lo distraxese de su melancolía: sentado sobre aquella peña, que veis á vuestra derecha, pasaba los dias mirando tristemente hácia la mar.

Gané su confianza con la hospitalidad que le dí, y supe de él, que la fortuna lo habia separado de algunos amigos, y que estaba resuelto á encontrarlos, ó á morir. Admiré la constancia de aquel hombre virtuoso: supe circunstanciadamente las desventuras que lloraba; y llegué á esperar que el tiempo daria algun consuelo á su alma: pero ¡ay! ¡nos dexó! ¿Qué no hice para que se quedara con nosotros? Me ha dado el cielo una hija amable; y confieso, que me hubiera tenido por dichosa entre las madres, si hubiera querido aceptarla por esposa, y fixar su residencia en este valle.

Con esta narracion, se arrasáron involuntariamente de lágrimas los ojos de Ferisha y de Heyder. Lo parecido de la suerte de aquel extrangero á la suya, los enternecia, sin saber aun que Hussein era, en tal momento, la causa de su sensibilidad. Caminaban, no obstante, por entre grupos de cocotéros, palmeras y banános. Luego descubriéron la poblacion, compuesta de unas cincuenta casas, que, á lo lejos,

parecian sumamente bonitas. La conductora les señalaba hácia su casa, y les decia: Ved allí nuestra morada: ved allí la morada pacífica, donde, sin temer las dobleces de los hombres, ni los crueles juegos de la fortuna, pasamos una vida libre de penas, y acompañada de inocentes placeres. La tierra, que no pide mucho cultivo, nos prodiga sus dones; con que así, gozareis de la misma felicidad, y aumentareis la nuestra participándola.

Finalmente llegáron á la casa de Zulmira, (que así se nombraba la conductora): fuéron presentados á los extrangeros su marido y dos hijos, varon y hembra. Su marido (llamábase Luzein) parecia un hombre de buena edad, y aun con ciertos rasgos de juventud en su fisonomía; pero Heyder supo, con admiracion, que era hombre de edad avanzada. Recibió á sus huéspedes con aquella franqueza generosa, que nosotros apenas mostramos á nuestros mayores amigos. Sirviéron á los recien llegados una comida aseada y frugal, compuesta de frutas y pescados; las frutas se presentá-